

España y la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945:

Entre resignaciones neutralistas y tentaciones beligerantes

Enrique Moradiellos

Universidad de Extremadura

Introducción

La política exterior de la España franquista durante la Segunda Guerra Mundial ha sido objeto de una viva polémica política e historiográfica desde sus momentos iniciales y hasta la actualidad. En esencia, aun a riesgo de simplificación, las interpretaciones han oscilado entre dos alternativas polarizadas y bien delimitadas.

Por un lado, una corriente que podríamos denominar filo-franquista define la conducta del régimen como una política de pragmática neutralidad voluntaria entre ambos beligerantes cuyo objetivo principal fue siempre evitar la entrada en la contienda a casi cualquier precio. Los testimonios contemporáneos que avalarían esta interpretación son muchos. Por ejemplo, para José María Doussinague, director general de política exterior en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante el conflicto, España había seguido “una política de paz perfectamente marcada” y “cuyo empeño principal fue llegar al fin de la guerra sin verse arrastrado por su torbellino”¹. Entre los historiadores, los defensores de esta interpretación también abundan aunque sobresalgan los nombres de Ricardo de la Cierva, Ramón Salas Larrazábal y Luis Suárez Fernández, cuyos trabajos siempre han sostenido que España fue básicamente neutral debido a la voluntad pragmática de Franco de evitar toda participación en la guerra si era posible². Según señala Suárez Fernández en una de sus obras fundamentales, la política exterior de Franco “permitió a España salir indemne de las terribles secuelas de la guerra”. Y añade:

Ciertos historiadores parten del supuesto de que Franco deseaba entrar en guerra, pero las circunstancias cambiaron este propósito. Tal supuesto no ha sido nunca probado con documentos. Existen, en cambio, datos bastante abundantes que podrían utilizarse en sentido contrario.³

Por otro lado, existe una corriente alejada de presupuestos filo-franquistas (y en algún caso claramente antifranquista) que percibe la conducta del régimen como una política de neutralidad cualificada, impuesta sólo por las circunstancias y sujeta a reiteradas tentaciones de beligerancia en favor de las potencias del Eje. Cabe citar los juicios de diversos testigos e historiadores, tanto españoles como extranjeros, para comprobar esta tesis interpretativa. Sir Samuel Hoare, embajador británico en Madrid entre 1940 y 1944, consideraba que “la no-beligerancia española no había significado la neutralidad española” y que “si Franco no entró en la guerra no fue por amor hacia

¹ José María Doussinague, *España tenía razón (1939-1945)*, Madrid: Espasa-Calpe, 1949, pp. 355, 359-360.

² Ricardo de la Cierva, *Historia del franquismo. Orígenes y configuración (1939-1945)*, Barcelona: Planeta, 1975. Ramón Salas Larrazábal, “La División Azul”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, nº 2, 1989, pp. 241-269. Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid: Fundación Francisco Franco, 1984) 8 vols.

³ Luis Suárez Fernández, *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial. Desde 1939 hasta 1945*, Madrid: Actas, 1997, pp. 14 y 169.

nosotros o por dudas sobre la victoria final alemana”⁴. Entre los historiadores de esta corriente cabe mencionar a Antonio Marquina, Víctor Morales Lezcano, Javier Tusell, Paul Preston y Ángel Viñas, entre los más caracterizados.⁵ La siguiente cita de una obra canónica de Tusell puede sintetizar este punto de vista:

Una de las conclusiones de este libro es que, si bien la España de Franco no entró en la Guerra Mundial, sí bordeó repetidamente esta posibilidad por voluntad propia y estuvo muy lejana a la estricta neutralidad en gran parte del conflicto. Lo que Franco no estuvo nunca dispuesto a hacer fue entrar, como él mismo decía, “gratis” en la Guerra Mundial, a cambio de nada⁶

En el caso de la historiografía sobre el tema, cabe decir que, al margen de simpatías o antipatías políticas, esa divergencia interpretativa responde en gran medida a dos factores concurrentes que es preciso atender en su justo término. En primer lugar, las divergencias son producto y resultado de las graves carencias documentales que afectan a los archivos oficiales españoles pertinentes. No en vano, la duración de la dictadura franquista permitió una sistemática expurgación de fondos documentales considerados comprometedores. Por ejemplo, en los archivos de Presidencia del Gobierno o del Ministerio de Asuntos Exteriores (por no hablar del llamado Archivo de Franco custodiado por la Fundación homónima y cuya copia se halla en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca) no queda rastro de la correspondencia mantenida por Franco con Hitler y Mussolini durante los años de guerra. Esto hace inexcusable la consulta de archivos extranjeros para conocer *de facto* la conducta española y determinar sus propósitos (así, la mencionada correspondencia es conocida sólo por su presencia en los archivos alemanes e italianos capturados por los aliados). Y ello, a su vez, supone un inevitable grado de incertidumbre en la interpretación de la política exterior española en aquel período⁷. El segundo factor que debe tomarse en consideración hace referencia a los notorios cambios de posición jurídica y política adoptados por España durante el conflicto, que distó mucho de ser monolítica. De hecho, no cabe olvidar que el régimen franquista fue sucesivamente, a lo largo del sexenio bélico, “neutral”, “no-beligerante”, “beligerante moral” y de nuevo “neutral”. Y esa diversidad de posturas dificulta la caracterización global de su conducta entre 1939 y 1945 e impone la necesidad de una periodización cualificada.

En cualquier caso, por encima de los problemas generados por ambos factores y de las inevitables filias y fobias ideológicas, la historiografía especializada está de acuerdo en un punto de partida ineludible: resulta imposible comprender la política exterior española durante la Segunda Guerra Mundial sin prestar la debida atención al hecho de que, cuando estalló el conflicto, España acababa de salir de una cruenta guerra civil que se había prolongado desde julio de 1936 hasta abril de 1939.

El legado de la guerra civil

El resultado de la contienda había sido la victoria de una insurrección militar ultranacionalista, católico-integrista y ferozmente anticomunista y antiliberal, que contó con el

⁴ Sir Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission*, Londres: Collins, 1946, pp. 285 y 286.

⁵ Antonio Marquina, *España en la política de seguridad occidental (1939-1986)*, Madrid: Ediciones Ejército, 1986. Víctor Morales Lezcano, *Historia de la no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial*, Las Palmas: Mancomunidad de Cabildos, 1980. Paul Preston, *Franco. Caudillo de España*, Barcelona: Grijalbo, 1994. Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini. La política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Planeta, 1985. Ángel Viñas, “Factores comerciales y de aprovisionamientos en la neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial”, en su libro *Guerra, dinero y dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona: Crítica, 1984, pp. 239-264.

⁶ Javier Tusell, *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad*, Madrid: Temas de Hoy, 1995, p. 13.

⁷ Carme Molinero, “El acceso a los archivos y la investigación histórica”, *Ayer*, nº 81, 2011, pp. 285-297..

apoyo de las fuerzas políticas derechistas: monárquicos alfonsinos (partidarios del restablecimiento del rey Alfonso XIII), carlistas (favorables a una facción dinástica rival), Falange (hasta entonces minúsculo partido fascista español) y el catolicismo político (el grupo mayoritario hasta entonces). En el transcurso de la guerra, el bando insurgente había ido conformándose como una dictadura personal de Francisco Franco, el general de mayor prestigio entre todos los sublevados y reputado por su cautela y posibilismo político, que acabó concentrando en sus manos el poder indiscutido y arbitral sobre los tres pilares de lo que habría de ser el régimen: el Ejército, en su calidad de Generalísimo por elección de sus compañeros de armas; la Iglesia Católica, en su papel de cruzado y salvador de la religión y la patria; y la Falange Española Tradicionalista (partido creado en 1937 por unificación forzosa de los grupos políticos derechistas), en su condición de Caudillo de España.

En la consecución de esa victoria franquista, la ayuda militar, diplomática y financiera prestada por la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler había sido vital. Como resultado, la ideología oficial, la estructura institucional y la línea de conducta interna y externa del nuevo régimen habían experimentado un proceso de fascistización entre 1936 y 1939. En el plano diplomático, los vínculos con las potencias del Eje constituían el marco referencial de su política exterior. España había suscrito tratados secretos de amistad y colaboración con Italia (28 de noviembre de 1936) y Alemania (31 de marzo de 1939). Terminada la guerra, también anunció su adhesión al *Pacto Anti-Comintern* italo-germano-nipón (7 de abril de 1939) y su abandono de la denostada Sociedad de Naciones (8 de mayo de 1939)⁸. Así pues, en la tensa atmósfera europea previa al inicio de la guerra mundial, la dictadura franquista se había alineado con el Eje en oposición a Francia y Gran Bretaña, las potencias democráticas que velaban el *statu quo* territorial. Reforzando ese alineamiento, el repudio del liberalismo y la democracia se combinaba en el régimen español con unas aspiraciones irredentistas compartidas por todos los grupos políticos. Dichas aspiraciones adoptaban caracteres anti-británicos (a causa de la presencia colonial en Gibraltar) y anti-franceses (por rivalidad en el Protectorado sobre Marruecos y disputa por el control de la ciudad internacional de Tánger).

Sin embargo, la España de Franco estaba limitada por su situación interna y geo-estratégica para ejecutar una política exterior revisionista como la de sus valedores internacionales. Ante todo, la población (25,8 millones en 1940) estaba diezmada tras una guerra devastadora (no menos de 300.000 muertos y 400.000 exiliados) y al menos la mitad podía clasificarse como hostil (en 1940 había casi medio millón de prisioneros políticos). Las destrucciones bélicas habían dañado seriamente la infraestructura productiva del país (por ejemplo, se había destruido más de un tercio del parque móvil ferroviario) y provocaban graves carencias alimentarias, de servicios y de bienes industriales (la producción agraria e industrial había descendido el 22 por ciento y el 14 por ciento sobre los niveles respectivos de preguerra)⁹. Además, agotadas las reservas de oro durante la contienda, la situación financiera era desesperada e insuficiente para promover de modo autónomo (o con apoyo italo-germano) la reconstrucción económica. Ello obligaba a recurrir al bien surtido mercado de capitales anglo-francés (y norteamericano) en solicitud de créditos para efectuar las imprescindibles importaciones de grano, equipo industrial y carburantes.

Si la situación económica era dramática, en el plano geo-estratégico tampoco había motivo para el optimismo. A pesar de su victoria, el ejército franquista carecía de material y recursos logísticos para enfrentarse a posibles acciones ofensivas franco-británicas contra el Marruecos español, las expuestas costas y posesiones insulares (Canarias y Baleares) o las fronteras pirenaica y portuguesa. Esa vulnerabilidad estratégica ya había sido percibida por Franco durante la guerra civil. De hecho, durante la crisis de septiembre de 1938 que precedió a la firma del Acuerdo de Múnich, Franco, con resignado pesar, había anunciado su neutralidad en caso de conflicto entre las

⁸ El texto del tratado hispano-italiano en M. Muggeridge (ed.), *Ciano's Diplomatic Papers*, Londres: Odhams Press, 1948, pp. 75-77. El tratado hispano-alemán en *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, Series D (1937-1945), vol. 3 (*Germany and the Spanish Civil War*) (Washington, Government Printing Office, 1950), documento número 773. En adelante se citará: DGFP, volumen y número.

⁹ Datos de Jordi Catalán, *La economía española y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Ariel, 1995, pp. 40-59, revalidados por José Ángel Sánchez Asiaín, *La financiación de la guerra civil española*, Barcelona: Crítica, 2012, cap. 22. Javier Rodrigo, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista*, Barcelona: Crítica, 2005.

aborrecidas democracias y el admirado Eje. Los motivos habían sido claramente subrayados por un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores en un informe reservado de mayo de 1938:

Basta abrir un atlas para convencerse de ello. En una guerra contra el grupo franco-inglés puede decirse, sin exageración alguna, que estaríamos totalmente cercados de enemigos. Desde el primer momento los encontraríamos en todo el perímetro de nuestro territorio, en todas las costas y en todas las fronteras. Podríamos contenerlos en la de los Pirineos; pero me parece poco menos que imposible evitar a la vez la invasión por la frontera portuguesa.¹⁰

En definitiva, aunque la ideología franquista fuera antidemocrática, francófoba, anglófoba, y propugnase la recuperación de Gibraltar y la expansión imperial en África, la dramática realidad imponía un período de paz y reconstrucción que no podría financiarse sin recurrir a los créditos de esas potencias democráticas. Durante el verano de 1939, Franco y su ministro de Asuntos Exteriores, el coronel Juan Beigbeder, advirtieron a Roma y Berlín de la necesidad española de paz en vista de sus dificultades interiores y vulnerabilidad militar. El 19 de julio, durante la visita a España del conde Ciano, yerno de Mussolini y su ministro de Asuntos Exteriores, el Caudillo explicó las razones de la neutralidad hispana en caso de conflicto europeo y, a la par, su voluntad de modular dicha política en un sentido favorable a al Eje en la medida de sus posibilidades:

Franco considera que es necesario un período de paz de al menos cinco años e incluso esta cifra parece a muchos observadores optimista. Si, a pesar de lo previsto y de la buena voluntad, surgiera un hecho nuevo e inesperado que forzara la aceleración del plazo de reconstrucción, España reitera su intención de mantener hacia Italia una neutralidad muy favorable e incluso más que muy favorable¹¹.

Neutralidad forzada

Ese era el crítico contexto de España cuando el 1 de septiembre de 1939 la invasión alemana de Polonia provocó la declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña. La reacción de Franco fue la única que cabía esperar: el 4 de septiembre decretó “la más estricta neutralidad” en el conflicto. Al fin y al cabo, también Mussolini, su admirado modelo político, había optado por permanecer al margen de las hostilidades y declararse “no beligerante”. Con esa medida ambigua, el Duce no ocultaba su soterrado apoyo diplomático y económico a Alemania y proseguía el programa de preparación de Italia para entrar en la contienda en el momento oportuno¹². Por su parte, el embajador alemán en Madrid fue informado por Beigbeder de la declaración de neutralidad y recibió garantías de que, pese a ella, “España estaba dispuesta a ayudarnos en la medida en que le fuera posible”¹³.

Los gobiernos de Francia y Gran Bretaña recibieron favorablemente la decisión de la España franquista como mal menor tolerable dada la coyuntura. Su primera reacción fue implantar

¹⁰ Conde de Torellano, “Consideraciones sobre la futura política internacional de España”, 20 de mayo de 1938. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), serie “Archivo Renovado”, volumen 834, expediente 31. En adelante se citará abreviadamente: AMAE R834/31.

¹¹ *Ciano's Diplomatic Papers*, pp. 290-291. El informe también se recoge en *I Documenti Diplomatici Italiani*, Octava Serie (1935-1939), vol. 12 (1939), Roma: Ministerio degli Affari Esteri, 1952, documento 611, pp. 458-462. En adelante: DDI, volumen y número de documento.

¹² Como prueba de su especial consideración, Franco comunicó al Duce por anticipado su declaración de neutralidad. Telegrama del embajador italiano en Madrid a Roma y carta de Mussolini a Franco, 5 y 6 de septiembre de 1939. DDI, Novena Serie (1939-1943), vol. 1, documentos 47 y 63.

¹³ Telegrama del embajador alemán en Madrid a Berlín, 1 de septiembre de 1939. DGFP, vol. 7, nº 524. Sobre las relaciones hispano-alemanas véase: Rafael García Pérez, *Franquismo y Tercer Reich*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1994; y Xavier Moreno Juliá, *Hitler y Franco. Diplomacia en tiempos de guerra*, Barcelona: Planeta, 2007.

un bloqueo naval para interrumpir el tráfico comercial hispano-alemán y restablecer su hegemonía en el comercio exterior español.¹⁴ Como complemento a ese bloqueo naval, a fin de paliar sus devastadores efectos, ambas potencias también aceptaron financiar el programa franquista de reconstrucción y abastecer a España con el trigo, los productos industriales y los combustibles que urgentemente necesitaba. En efecto, a las pocas semanas de estallar la guerra llegó a Madrid una delegación británica para negociar “las dimensiones de un acuerdo económico de guerra con España”. No en vano, las autoridades españolas habían decidido reservadamente que “las negociaciones con Inglaterra deben ser tratadas y estudiadas con preferencia, dado el volumen del comercio tradicional hispano-inglés y las dificultades que con motivo de la guerra ofrece el tráfico con otros países”¹⁵.

Fruto del pragmatismo forzado por la situación fue la firma de un primer acuerdo comercial con Francia en enero de 1940 y, dos meses más tarde (18 de marzo), de un acuerdo comercial y financiero con Gran Bretaña. A tenor de este último, España recibía un crédito de 2 millones de libras esterlinas para comprar materias primas en el mercado británico, así como un anticipo de casi 2 millones de libras para cancelar las deudas españolas vigentes. Mediante esos acuerdos, las potencias occidentales ponían en práctica una política del “palo y la zanahoria” muy próxima al apaciguamiento económico de épocas previas combinada con medidas de control estratégico y potencialmente militar¹⁶. No en vano, si por un lado dicha política hacía posible la adquisición por España de productos alimenticios e industriales inexcusables para su supervivencia económica, por otro significaba el mantenimiento de una estricta vigilancia de las costas y el tráfico mercante español y la dosificación de las importaciones para evitar la posible re-exportación de esas mercancías u otras hacia Alemania por vía de Italia. La razón de las medidas cautelares de las potencias aliadas no era otra que la pública identificación del régimen franquista con la causa germana. Puesto que la “estricta neutralidad” era pura necesidad y no libre opción, las autoridades españolas manifestaron desde el primer momento una parcialidad evidente hacia Alemania como única potencia del Eje beligerante. Beigbeder, entonces ferviente germanófilo, había reconocido ante los negociadores británicos esa antipatía al firmar el acuerdo comercial: “Hago una excepción con ustedes no porque nos gusten sino porque el Imperio Británico es nuestro mejor mercado”¹⁷.

Las manifestaciones oficiales españolas favorables a la causa de Alemania fueron muy diversas. En el plano más visible, la controlada prensa franquista, dependiente Serrano Suñer (ministro de Gobernación desde 1938), se mostró sistemáticamente pro-germana y contraria al esfuerzo bélico anglo-francés. La policía y el Ejército español, grandes admiradores de sus homólogos alemanes, posibilitaron la actuación de espías nazis en todo el territorio nacional, al igual que permitieron el paso de aviones de reconocimiento alemán por el espacio aéreo español y la instalación de una estación de radio en La Coruña al servicio de la Luftwaffe. Esta libertad de acción y apoyo logístico fue muy eficaz en el Estrecho de Gibraltar, con el propósito de vigilar el tráfico mercante y militar aliado. Además, desde septiembre de 1939, con la aprobación de Franco, se puso en marcha secretamente la operación “Moro”. A tenor de la misma, los buques de guerra y submarinos germanos recibieron todo tipo de facilidades para el aprovisionamiento de combustible, agua y alimentos en varios puertos peninsulares (Vigo, Ferrol y Cádiz) e insulares (Las Palmas). En

¹⁴ Un estudio detallado de las relaciones hispano-británicas en Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Península, 2006; y Denis Smyth, *Diplomacy and Strategy of Survival. British Policy and Franco's Spain, 1940-1941*, Cambridge: C.U.P., 1986. Sobre las relaciones hispano-francesas véase Juan Avilés, “Un país enemigo: Franco frente a Francia, 1939-1944”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, n° 7, 1994, pp. 109-134; y Matthieu Séguéla, *Franco-Pétain. Los secretos de una alianza*, Barcelona: Prensa Ibérica, 1994.

¹⁵ Acta de la comisión interministerial de tratados, 20 de octubre de 1939. Citada en A. Viñas, “Factores comerciales y de aprovisionamientos en la neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial”, p. 248.

¹⁶ La interpretación de esa política como “appeasement, once more” se debe a Henry Pelling, *Britain and the Second World War*, Londres: Collins, 1970, pp. 91-92.

¹⁷ Carta de 17 de marzo de 1940. David Eccles, *By Safe Hand. Letters of Sybil and David Eccles, 1939-1942*, Londres: Bodley Head, 1983, p. 92. Eccles fue representante del Ministerio de Guerra Económica en Madrid.

total, hasta finales de 1942, hubo al menos 23 ocasiones de aprovisionamiento de submarinos alemanes con la colaboración española¹⁸.

Sin embargo, esa proclividad manifiesta hacia Alemania seguía estando limitada por la calamitosa situación económica y la patente vulnerabilidad militar. El 8 de mayo de 1940, en un informe remitido al propio Franco y a sus asesores militares, el general Carlos Martínez Campos, Jefe del Estado Mayor Central, había refrendado ese diagnóstico y subrayado con claridad las limitaciones estratégicas que vetaban la intervención española en un conflicto exterior:

España, después de una guerra de desgaste de tres años, se encuentra muy débil para intervenir (...). Envueltos en la contienda que actualmente se desarrolla nos hallaríamos en circunstancias extraordinariamente penosas. Sin aviación ni unidades mecanizadas (hoy que los ejércitos basan su ofensiva en la velocidad), sin artillería antiaérea ni cañones contra-carros (hoy que la ofensiva enemiga se desarrollaría con unidades aéreas y blindadas), sin tener efectuados los preparativos concernientes a la movilización de nuestras fuerzas (hoy que el tiempo ha adquirido un valor extraordinario), sin materias primas suficientes, sin los hombres que se encuentran en el extranjero y sin el entusiasmo de los que se hallan en España, no cabe duda que la empresa tendría muchísimas garantías de fracaso.¹⁹

Aparte de esos motivos económicos y estratégicos que demandaban la neutralidad, a principios de 1940 un nuevo factor político vino a hacer más difícil la inestable situación interna. Desde 1937, Franco, con la colaboración de Serrano Suñer, entonces su principal asesor político, había patrocinado un proceso de fascistización del régimen en imitación del modelo italiano. Esa orientación implicaba el creciente predominio de Falange dentro del régimen y la adopción de sus propuestas políticas (ley de prensa, legislación sindical, programa de autarquía económica, definición totalitaria del estado como “nacional-sindicalista”, etc.). Dicho proceso fue generando un enfrentamiento entre la facción falangista liderada por Serrano Suñer y los restantes grupos políticos de la coalición de fuerzas franquistas. De hecho, la perspectiva de una hegemonía falangista que recortara su propia cuota de poder resultaba intolerable para los otros dos pilares del mismo: los jefes militares (electores de Franco como *primus inter pares* y en cuyo seno crecían los partidarios de la restauración monárquica en la persona de don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII) y la jerarquía eclesiástica católica (favorable a la restauración y opuesta al control falangista sobre la vida cultural y educativa del país, que consideraba campo propio y reservado).

Esa tensión política interior se traducían igualmente en distintas orientaciones de política exterior, aunque ambos sectores comprendían la necesidad de la neutralidad por razones de fuerza mayor. La derecha tradicional, conservadora, monárquica y católica (dominante entre los militares de alta graduación, los más cualificados funcionarios del estado, la aristocracia y el clero) era mucho más prudente en su actitud pro-alemana y aceptaba la obligada contemporalización con las potencias aliadas. Por el contrario, los sectores falangistas (bien representados entre la oficialidad del ejército más joven y en el nuevo personal político y administrativo reclutado durante la guerra civil) eran fervorosos partidarios del Eje y estaban dispuestos a arriesgarse a un enfrentamiento con los aliados. Esa creciente oposición entre ambos grupos en política interior y exterior, siempre bajo la mirada vigilante de Franco, se iría agudizando a medida que la contienda europea se prolongaba y afectaba más directamente a España.

No Beligerancia por libre voluntad

La victoria de Alemania sobre los Países Bajos y Francia en mayo y junio de 1940, junto con la entrada de Italia en la guerra (el 10 de junio), cambiaron el panorama europeo y fueron

¹⁸ El examen más completo de esa conducta se encuentra en Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco*, Barcelona: Crítica, 2002. Charles B. Burdick, “‘Moro’: the Resupply of German Submarines in Spain, 1939-1942”, *Central European History*, vol. 3, n° 3, 1970, pp. 256-284.

¹⁹ J. Tusell y G. García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 98.

ocasión para un giro en la posición española ante el conflicto. Con la derrota de Francia consumada (el armisticio se firmó el 22 de junio por mediación del embajador español en París, José Félix de Lequerica) y con Gran Bretaña aislada y esperando el inminente asalto alemán, Franco se vio tentado de entrar en la guerra al lado del Eje a fin de recuperar Gibraltar y realizar los sueños imperiales en África. No en vano, la situación estratégica había cambiado radicalmente: la ocupación alemana de la fachada atlántica francesa establecía un contacto terrestre español con el Eje; la formación del régimen colaboracionista de Vichy presidido por el mariscal Pétain eliminaba cualquier peligro para España desde Francia; y la intervención italiana limitaba la capacidad de acción de la flota británica en el Mediterráneo.

Sin embargo, el problema esencial para Franco seguía siendo el mismo de siempre: España no podría soportar un esfuerzo bélico prolongado dada su debilidad económica y militar y el control naval británico de sus suministros alimenticios y petrolíferos. Constrained por esas limitaciones, pero también animado por la expectativa de una segura victoria final del Eje, durante junio de 1940 el Caudillo fue desplegando una cautelosa estrategia diplomática para hacer compatible la consecución de las reivindicaciones territoriales españolas con la situación económica y militar vigente. Desde luego, los triunfos alemanes y la intervención italiana habían reforzado la inclinación pública y la ayuda encubierta al Eje. El mismo día de la entrada de Italia en la guerra, el Caudillo había escrito una reveladora carta privada al Duce:

Ya conocéis las razones de nuestra posición actual; no obstante, al entrar vuestra Nación en la guerra he decidido alterar los términos anteriores en el sentido de sustituir la actual declaración de neutralidad por la de “no-beligerancia”. (...). Os reitero la cordialidad con que aprovecharemos todas las ocasiones para ayudaros en cuanto estén a nuestro alcance.²⁰

Sin embargo, Franco era consciente de que ese apoyo soterrado no bastaría para obtener los títulos que garantizasen la realización de su programa irredentista. Por consiguiente, aspiraba a tomar parte en la guerra al lado del Eje pero sólo cuando hubiera pasado lo peor del combate y fuera inminente la derrota británica, con objeto de poder participar en el reparto del botín colonial. En palabras posteriores de Serrano Suñer, artífice con Franco de esa cautelosa estrategia diplomática, la “intención era entrar en la guerra en el momento de la victoria alemana, en el momento en que se estuviesen disparando los últimos tiros” y “siempre partiendo de la convicción de que la entrada de España en la guerra corta, casi terminada, sería más formal que real y no nos causaría verdaderos sacrificios”²¹. En definitiva, Franco se aprestaba a aprovechar la victoria del Eje sobre la alianza franco-británica para conseguir las aspiraciones territoriales españolas con un riesgo y coste bélico mínimo y asumible dadas las condiciones.

De acuerdo con esa estrategia, el 12 de junio de 1940 España abandonó la “estricta neutralidad” y se proclamó “no beligerante”. Ante el gobierno británico, por si acaso, se justificó el cambio como una mera medida cautelar exigida por la extensión de los combates al Mediterráneo y a las zonas costeras españolas. Pero internamente se admitía que era una imitación de la conducta italiana y abría las puertas a futuras acciones ofensivas. Como escribió entonces Doussinague para Beigbeder en un informe reservado (que olvidó citar en su libro), la declaración de no beligerancia “es, en realidad, un estado preparatorio de la entrada en la lucha y ello ha de ejercer fortísima coacción de temor en los países que pueden suponerse amenazados por nuestras armas”²². Dos días después (14 de junio), al tiempo que tropas alemanas ocupaban París, fuerzas españolas ocuparon la

²⁰ DDI, vol. 4, n° 847.

²¹ La primera cita procede de las declaraciones de Serrano a *París-Pressé*, 26 de octubre de 1945. Reproducida en David W. Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio. Una alianza no firmada*, Madrid: Alianza, 2010, p. 127. La segunda se recoge en Heleno Saña, *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Suñer*, Barcelona: Grijalbo, 1982, p. 193.

²² Informe fechado el 14 de junio de 1949. AMAE R833/36.

ciudad de Tánger bajo el pretexto de preservar la neutralidad. Se trataba del primer paso, todavía cauto y reversible, para la realización de un programa imperial más ambicioso²³.

La gestión definitiva franquista tuvo lugar el 16 de junio de 1940. Fue una iniciativa española y no obedeció a una petición de Alemania (ni mucho menos a una presión). Ese día, un emisario especial del Caudillo, el general Juan Vigón (entonces Jefe del Alto Estado Mayor y virtual “cerebro militar de Franco”), se entrevistó con Hitler y su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, en el castillo de Acoz (cuartel general alemán en la Bélgica ocupada). En nombre de Franco, de quien portaba una carta personal para el Führer (fecha el 3 de junio), Vigón ofreció a Hitler la entrada española en la guerra a cambio de ciertas condiciones específicas. Ante todo, el compromiso de cesión a España, tras la victoria, de Gibraltar, el Marruecos francés, el Oranesado (región occidental de Argelia) y la ampliación de las posesiones españolas en el Sahara y Guinea ecuatorial. La oferta también estaba condicionada al envío previo de suficientes suministros alemanes de alimentos, petróleo, armas y artillería pesada para paliar la crítica situación económica y militar española²⁴. Paralelamente a esta gestión personal, Beigbeder informaba telegráficamente a Roma de las condiciones españolas para sumarse al Eje:

España estaría dispuesta ahora a declarar su beligerancia previa preparación de la opinión pública y la ayuda necesaria para atacar Gibraltar y defender al Majzen, en cuanto atañe a aprovisionamientos de material y armamento pesados y al adecuado auxilio aéreo y naval²⁵.

Para fortuna de Franco, aunque Hitler felicitó a Vigón por la ocupación de Tánger y expresó su deseo de que Gibraltar volviera a ser español, rehusó comprometerse sobre las otras reivindicaciones y demandas materiales por la necesidad de consultar con Italia sobre cualquier modificación en el Mediterráneo. En realidad, los dirigentes nazis despreciaban entonces como innecesaria la costosa oferta de beligerancia española en el momento de capitulación de Francia, incorporación de Italia a la guerra y cuando parecía inminente la derrota británica. En palabras recientes de Norman Goda: “No parecía necesario firmar una costosa alianza con un país indigente para tomar una lejana base británica (Gibraltar)”²⁶. Tampoco Mussolini hizo esfuerzos para satisfacer lo que veía como peticiones desmesuradas que, además, podrían generar un competidor en el Mediterráneo y el norte de África²⁷. Como recordaría más tarde Serrano Suñer: “La pura verdad es que fuimos desairados por Hitler”. Y añadía: “Es incuestionable que en aquella ocasión su euforia nos libró de la implicación armada en la lucha, que de otra manera se habría producido con entusiasmo”²⁸.

Las gestiones bilaterales sobre la posible entrada en la guerra continuaron durante el verano de 1940, con nula presión alemana o italiana y reiterada insistencia española en sus condiciones. El 19 de junio el embajador español en Berlín presentó un memorándum recapitulando la oferta de beligerancia española²⁹. Para decepción de Franco y sus asesores, la respuesta alemana se retrasó hasta el 25 de junio y no podía ser más ambigua e imprecisa. Se limitaba a señalar que el gobierno

²³ Manuel Ros Agudo, *La gran tentación. Franco, el imperio colonial y los planes de intervención en la II Guerra Mundial*, Barcelona: Styria, 2008, cap. 5. Charles R. Halstead, “Aborted Imperialism: Spain’s occupation of Tangier, 1940-1945”, *Iberian Studies*, vol. 7, n° 2, 1978, pp. 53-71. Susana Sueiro, “España en Tánger durante la II guerra mundial”, *Espacio, tiempo y forma. Historia Contemporánea*, n° 7, 1994, pp. 135-165.

²⁴ Acta de la entrevista en DGFP, vol. IX, n° 456. La consideración de Vigón como cerebro militar del Caudillo en M. Ros Agudo, *La gran tentación*, p. 129.

²⁵ La comunicación lleva fecha de 18 de junio de 1940. DDI, vol. 5, n° 54.

²⁶ Un repaso certero al tema en Norman J. W. Goda, *Y mañana el mundo... Hitler, África noroccidental y el camino hacia América*, Madrid: Alianza, 2002, cap. 4 (cita en p. 114).

²⁷ Ya el 14 de junio de 1939, con ocasión de la visita de Serrano Suñer a Roma, Mussolini había confesado su incomodidad con esas masivas reivindicaciones. Galeazzo Ciano, *Diarios, 1937-1943*, Barcelona: Crítica, 2004, p. 315.

²⁸ R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Barcelona: Planeta, 1977, p. 328.

²⁹ DGFP, vol. IX, n° 488.

alemán “ha tomado nota de las aspiraciones territoriales de España en el norte de África” y, respecto a las demandas de ayuda material, “Alemania les prestará en el momento oportuno la más favorable consideración”. La nota finalizaba con una cláusula más inquietante para el futuro: “Tan pronto como haya quedado aclarada la situación militar después de la conclusión del armisticio con Francia, el gobierno del Reich consultará de nuevo con el gobierno español”³⁰.

Esa actitud de reserva fue acentuada por los informes sobre la situación española remitidos por el embajador alemán en Madrid y el servicio secreto militar. A tenor del primero, “España está incapacitada económicamente para afrontar hasta el final una guerra que dure más de unos pocos meses si no recibe ayuda económica” y “la ayuda económica que se nos pide podría representar un grave peso (especialmente en suministros alimenticios)”. Por su parte, el segundo advertía sobre la vulnerabilidad militar del país: “Debido a las muchas dificultades internas de un país en proceso de reconstrucción, España, sin ayuda exterior, no puede librar más que una guerra de muy corta duración”³¹. El almirante Wilhelm Canaris, jefe del servicio secreto militar, resumió certeramente a finales de agosto para el alto mando germano los peligros de la oferta:

La política de Franco ha sido desde el principio no entrar en la guerra hasta que Gran Bretaña haya sido derrotada, porque teme su poderío (puertos, situación alimenticia, etc.). (...) España tiene una situación interna muy mala. Sufren escasez de alimentos y carecen de carbón. (...) Las consecuencias de tener a esta nación impredecible como aliado son imposibles de calcular. Tendríamos un aliado que nos costaría muy caro.³²

La decepción española por el fracaso de su oferta de beligerancia fue acompañada de un súbito empeoramiento de la situación interna económica que agudizó su dependencia de los suministros aliados. El gobierno británico presidido por Winston Churchill en mayo de 1940 había apreciado desde el principio de las victorias alemanas la nueva importancia de España en el contexto bélico y se había apresurado a tomar medidas de precaución ante cualquier cambio. Como parte de las mismas, el primero de junio había llegado a Madrid Sir Samuel Hoare como nuevo embajador “en misión especial”. Su cometido consistía en evitar la entrada voluntaria de España en la guerra por medio de la persuasión, la coacción o el simple soborno (hasta 20 millones de dólares de la época fueron distribuidos a una decena de altos mandos militares, supuestamente por orden del banquero Juan March, para reforzar sus inclinaciones neutralistas)³³. El servicio secreto británico, aunque no tuvo conocimiento de las gestiones de Vigón, sí que abrigó sospechas de la tentación de Franco “de conseguir alguna ganancia a bajo precio”³⁴. Para atajarla, las autoridades británicas pusieron en marcha dos operaciones complementarias. Por una parte, en previsión de lo peor, se prepararon planes estratégicos ante la eventualidad de que España declarase la guerra a Gran Bretaña o fuera invadida por Alemania: operación “Challenger” (ocupación de Ceuta), “Puma” (ocupación de las Canarias), etc.³⁵. La segunda línea de acción consistió en estrechar el bloqueo marítimo de las costas españolas y dosificar rigidamente, con la colaboración de los

³⁰ DGFP, vol. X, nº 16.

³¹ Memorándum del embajador en España, 8 de agosto de 1940. Nota del Estado Mayor del Ejército, “El Ejército español en la actualidad”, 10 de agosto de 1940. DGFP, vol. X, nº 313 y 326.

³² Informe de Canaris, 27 de agosto de 1940. Reproducido en el diario del general Franz Halder, Jefe del Estado Mayor del Ejército alemán. *The Halder War Diary, 1939-1942*, Londres: Greenhill Books, 1988, p. 252.

³³ Denis Smyth, “Les Chevaliers de Saint-George: La Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols (1940-1942)”, *Guerres Mondiales*, nº 162, 1991, pp. 29-54. Richard Wigg, *Churchill and Spain. The survival of the Franco Regime*, Londres: Routledge, 2005, pp. 10-11. Rafael Moreno, “El soborno británico a España”, *Abc*, 27 de mayo de 2013.

³⁴ Nota del 24 de julio de 1940. Records of the War Office (WO), Directorate of Military Intelligence (208), file 1868. En adelante: WO 208/1868. Todas las fuentes documentales británicas citadas se custodian en The National Archives (Kew, Surrey).

³⁵ Juan José Díaz Benítez, *Canarias indefensa. Los proyectos aliados de ocupación de las islas durante la II Guerra Mundial*, Santa Cruz de Tenerife: Ideas, 2008. Luis Pascual Sánchez-Gijón, *La planificación militar británica con relación a España (1940-1942)*, Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales, 1984.

Estados Unidos, las importaciones de alimentos y materias primas procedentes del exterior para evitar su almacenamiento con fines bélicos. La consecuente “política de ritmo controlado de los suministros mes a mes” fue muy eficaz en el caso de los productos petrolíferos. Al respecto, el objetivo definido y cumplido fue autorizar “importaciones suficientes para permitir el consumo normal y el mantenimiento de reservas para dos meses y medio”³⁶. Esa demostración de fuerza naval fue acompañada de ofertas de ayuda y facilidades a la importación de productos inexcusables si España permanecía “no beligerante”. En conjunto, como se congratularía poco después Hoare, tal política “demostró ser un factor vital para convencer a España dónde estaban sus intereses”. No en vano, a primeros de septiembre, el Ministerio de Agricultura español preveía un déficit de cosecha cerealística superior al millón de toneladas métricas (con una producción total de sólo 2,6 millones de toneladas frente a los 4 millones de años normales). En efecto, España estaba entrando en “un período de intensa escasez interior que bordeaba el hambre”³⁷.

El deterioro de la situación interna española desde septiembre de 1940 coincidió con el momento crucial de la batalla aérea de Inglaterra y con las primeras dudas alemanas sobre la viabilidad de la invasión de la isla. Fue en ese contexto cuando los estrategas germanos comenzaron a fijar su atención en Gibraltar, cuya conquista podría doblegar la resistencia británica y cercenar la actividad de la Royal Navy en el Mediterráneo. El resultado de esa atención estratégica fue la invitación de Hitler a Franco para que enviara a Alemania un representante que pudiera negociar las condiciones de la entrada de España en la guerra. Marginando a Beigbeder (cada vez más neutralista), Franco decidió enviar a su hombre de confianza: Serrano Suñer. Entre el 16 y el 27 de septiembre de 1940, Serrano Suñer permaneció en Alemania y se entrevistó en varias ocasiones con Hitler y Ribbentrop. Durante las conversaciones quedó clara la disparidad de criterios entre ambas partes y su diferente percepción de la importancia de España en el conflicto y en el futuro orden nuevo europeo³⁸. No en vano, la incertidumbre respecto a un rápido final de la batalla de Inglaterra, junto con la relativa libertad de actuación de la Royal Navy en el Mediterráneo, habían exacerbado la cautela de Franco y su voluntad de asumir sólo riesgos limitados a cambio de grandes compensaciones.

Siguiendo instrucciones, el ministro español insistió en la aceptación de las reivindicaciones territoriales y de los envíos previos de ayuda material dado el deterioro que había experimentado la situación interna. Para ello exigía un “protocolo político” secreto que asumiera las demandas y dejara a criterio de Franco la decisión de entrar en la guerra en el momento oportuno. En palabras de Franco a su cuñado: “Nos conviene estar dentro (del Eje) pero no precipitar”. Y ello porque “la alianza no tiene duda”, pero existían muchas razones “que aconsejan limitar en lo posible la duración de nuestra guerra” y no cabía olvidar que “ya se abre camino el supuesto de la guerra larga”³⁹. Por lo que respecta a la ayuda material, Serrano mantuvo su volumen en los límites fijados en la primera oferta de beligerancia y considerados por las autoridades alemanas imposibles de atender: 400.000 toneladas de gasolina, entre 600.000 y 700.000 toneladas de trigo y diversos combustibles (200.000 toneladas métricas de carbón, 100.000 de gasoil, etc.)⁴⁰. Los envíos militares consistían en aviones, munición y artillería pesada naval y antiaérea para proteger las costas y las

³⁶ Memorandum de Arthur Yencken (consejero de la embajada británica en Madrid), 5 de enero de 1942. Archivo del Foreign Office, General Correspondence (371), vol. 31234, documento C514. En adelante se citará abreviadamente: FO 371/31234 C514.

³⁷ Informe de Yencken, 5 de noviembre de 1940. FO 371/24509 C12016.

³⁸ Las actas alemanas de las conversaciones en DGFP, vol. XI, nº 63, 66, 67, 97, 104 y 117. La versión española de las conversaciones en R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, pp. 329-348. Esta obra tiene el inestimable valor de recoger las tres cartas secretas que Franco remitió a su cuñado para orientarle en las negociaciones.

³⁹ Cartas de Franco a Serrano, 21, 23 y 24 de septiembre. R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, pp. 338, 340 y 342-343.

⁴⁰ La petición original española en DGFP, vol. IX, nº 488. Las especificaciones en DGFP, vol. X, nº 355 y 404. Como se aprecia en el último documento citado, el mariscal Göring y su equipo económico estimaron en agosto que “un apoyo en esa medida está completamente fuera de nuestro alcance”.

islas españolas, así como para atacar Gibraltar. Según Franco, esa ayuda, lejos de ser excesiva, era “sólo lo indispensable a esta misión”⁴¹.

Sin embargo, para decepción del Caudillo y su emisario, la respuesta alemana fue muy distinta a la prevista. Aunque Hitler pareció mostrarse dispuesto a la cesión del Marruecos francés después de la victoria, pedía a cambio la entrega por parte de España de “una de las islas Canarias”, bases en Marruecos y Guinea y notables concesiones económicas en las colonias y la propia España. Además, los alemanes reducían la cuantía de su ayuda militar y alimenticia puesto que concebían el ataque a Gibraltar como una operación localizada dentro de su gran estrategia antibritánica y no como una defensa integral del vulnerable territorio peninsular, insular y colonial de España. Como subrayó Ribbentrop en varias ocasiones, “las cifras parecen demasiado altas, especialmente en gasolina, dado que, como ya había dicho antes, no habría implicados grandes movimientos de tropas”.⁴²

En vista de las hondas divergencias, las discusiones fueron suspendidas a la espera de una entrevista personal entre Franco y Hitler. En consecuencia, Serrano Suñer abandonó Berlín sin haber acordado ningún protocolo y después de asistir como espectador a la firma del Pacto Tripartito entre Alemania, Italia y Japón. Al poco tiempo se acordó la fecha de la entrevista entre el Caudillo y el Führer. Se realizaría el 23 de octubre de 1940 en Hendaya (frontera hispano-francesa), aprovechando un viaje de Hitler al sur de Francia para entrevistarse con Pétain (el 24). Sin embargo, en el intervalo entre las conversaciones de Berlín y la entrevista de Hendaya, el curso de la guerra fue reafirmando a ambas partes en sus posiciones y reduciendo el estrecho margen existente para el acuerdo.

En primer lugar, el entusiasmo belicista de Franco se fue atenuando debido a dos razones: la victoria aérea británica sobre la Luftwaffe (que descartaba un colapso de la resistencia inglesa y llevaría a la cancelación de la prevista invasión de la isla el 12 de octubre); y el tenaz mantenimiento por la Royal Navy de la hegemonía mediterránea frente a Italia (que le convenció de que la ocupación del canal de Suez era condición previa para todo ataque a Gibraltar). Además, los altos mandos militares españoles, con el apoyo monárquico y de la jerarquía eclesiástica, se oponían cada vez más a la política intervencionista de Falange con argumentos poderosos: la extrema vulnerabilidad militar, la hambruna existente en el país (el invierno de 1940-1941 fue el más dramático) y la dependencia de los suministros alimenticios y petrolíferos anglo-norteamericanos. En esas condiciones, a juicio de Franco, los riesgos implícitos hacían más inexcusable el cumplimiento de todas las condiciones previstas para sumarse al Eje. Su compromiso con esa política quedó revalidado el 17 de octubre, al sustituir a Beigbeder por Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores.

Por su parte, Hitler tenía cada vez más dificultades para armonizar su estrategia general con las reivindicaciones franquistas. Pocos días después de recibir a Serrano Suñer, el Führer se entrevistó en Berlín con Ciano y le confesó su negativa a aceptar la beligerancia española bajo las condiciones fijadas “porque cuesta demasiado, dado lo que puede proporcionar”. Su interlocutor también opinaba que “desde hace muchos años los españoles piden mucho y no dan nada”⁴³. Además, se había producido un nuevo hecho crucial: el 25 de septiembre de 1940 el ejército colonial francés había rechazado en Dakar un ataque de las fuerzas del general De Gaulle con apoyo británico, permaneciendo fiel al gobierno de Vichy. Este había garantizado la neutralidad de su ejército sólo si Alemania respetaba la integridad del imperio norteafricano francés. Bajo el impacto de la acción de Dakar, Hitler y Mussolini se entrevistaron en la frontera alpina del Brennero el 4 de octubre para debatir su respuesta a la demanda española sobre Marruecos⁴⁴. Hitler subrayó que la intervención de España “sólo era de importancia estratégica en conexión con la

⁴¹ Carta de Franco, 21 de septiembre. R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, p. 338.

⁴² Conversación del día 16 de septiembre de 1940. DGFP, vol. XI, nº 63, p. 90.

⁴³ Anotaciones de Ciano sobre su entrevista con Hitler (28 de septiembre de 1940) y conversación con Mussolini (1 de octubre). *Diarios, 1937-1943*, pp. 480-481. El relato alemán de la entrevista de Ciano y el Führer en DGFP, vol. XI, nº 124.

⁴⁴ El acta de la reunión en DGFP, vol. XI, nº 149, y DDI, vol. V, nº 677. *Ciano's Diplomatic Papers*, pp. 395-398.

conquista de Gibraltar; su ayuda militar era absolutamente nula”. Sin embargo, la aceptación de sus reivindicaciones provocaría dos fenómenos adversos: “primero, la ocupación inglesa de las bases españolas en las Canarias y, segundo, la adhesión del norte de África al movimiento de De Gaulle”. En consecuencia, consideraba que sería mejor “que los franceses siguieran en Marruecos y lo defendieran contra los ingleses”⁴⁵. Mussolini expresó su conformidad y el deseo de lograr “un compromiso (...) entre las esperanzas francesas y los deseos españoles”.

En esas condiciones, durante la crucial entrevista de Hendaya del 23 de octubre de 1940, las posibilidades de acuerdo hispano-alemán se habían reducido notablemente⁴⁶. Franco rehusó comprometerse a una fecha fija para entrar en la guerra, como solicitaba Hitler, si antes no se aceptaban las demandas coloniales españolas. Como reconoció ante su cuñado durante la entrevista:

Es intolerable esta gente; quieren que entremos en la guerra a cambio de nada; no nos podemos fiar de ellos si no contraen, en lo que firmemos, el compromiso formal, terminante, de cedernos desde ahora los territorios que como les he explicado son nuestro derecho; de otra manera ahora no entraremos en la guerra. Este nuevo sacrificio nuestro sólo tendría justificación con la contrapartida de lo que ha de ser la base de nuestro Imperio.⁴⁷

Sin embargo, el Führer ni quiso ni pudo aceptar esas demandas. Al día siguiente tenía concertada su entrevista con Pétain y había concluido que era prioritario mantener a su lado la Francia colaboracionista, que garantizaba la neutralidad benévola del imperio francés e incluso su posible beligerancia anti-británica, como había demostrado en Dakar. En consecuencia, se negó a ofrecer una desmembración del imperio francés que empujaría a sus autoridades en los brazos de De Gaulle y Gran Bretaña: no podía arriesgar las ventajas reales que estaba reportando la colaboración francesa en aras de la costosa y dudosa beligerancia de una España hambrienta, inerme y semidestruida. Evaluando las nuevas fuentes disponibles, Emilio Sáenz-Francés ha sintetizado muy bien el significado real de aquel único encuentro personal entre ambos dictadores:

La realidad tangible es que aquel fue un diálogo de sordos en el que Franco mostró su disposición a participar en la guerra siempre que sus pretensiones territoriales africanas, a costa del imperio colonial francés, se viesan satisfechas. Hitler, por su parte, fracasada la invasión de Inglaterra, deseaba la intervención española, que posibilitaría poner en marcha la *operación Félix*, el cierre del Estrecho de Gibraltar, pero no a costa de enemistarse con la Francia de Pétain, desmembrando su imperio colonial.⁴⁸

No obstante la falta de acuerdo, a fin de contar con títulos para el reparto del botín postbélico, Franco aceptó en Hendaya firmar un “Protocolo Secreto” que prescribía la adhesión de España “al Pacto Tripartito firmado el 27 de septiembre de 1940 entre Italia, Alemania y Japón” y la obligaba a “intervenir en la presente guerra de las Potencias del Eje contra Inglaterra después de haber recibido de aquéllas la asistencia militar necesaria para su preparación y en el momento establecido de común acuerdo con las tres potencias”. El artículo 5º del protocolo reconocía la entrega de Gibraltar a España y articulaba el difícil “compromiso” entre deseos españoles y esperanzas francesas buscado por Hitler y Mussolini: “después de la derrota de Inglaterra”, España recibiría “territorios en África en extensión semejante en la que Francia pueda ser compensada”,

⁴⁵ Palabras de Hitler en su entrevista con Ciano, 28 de septiembre. DGFP, vol. XI, nº 124, p. 212.

⁴⁶ Paul Preston, “Franco and Hitler: The Myth of Hendaye 1940”, *Contemporary European History*, vol. 1, nº 1, 1992, pp. 1-16. El acta alemana de la entrevista en DGFP, vol. XI, nº 220 y 221. La versión de Serrano Suñer en *Entre el silencio y la propaganda*, pp. 283-308. Sendas reevaluaciones de esa conferencia en Xavier Moreno Juliá, *Hitler y Franco*, pp. 162-173; y Stanley G. Payne, *Franco y Hitler*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, cap. 6.

⁴⁷ R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, p. 299.

⁴⁸ Emilio Sáenz-Francés, *Entre la Antorcha y la Esvástica. Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: Actas, 2009, pp. 67-68.

pero “siempre que las pretensiones alemanas e italianas contra Francia permanezcan inalterables”.⁴⁹ De ese modo, España se convertía en un asociado *todavía* no-beligerante del Eje. Mussolini describió certeramente el significado de dicho documento en su reunión con Hitler el 28 de octubre: “Este protocolo representa la adhesión secreta de España al Pacto Tripartito”⁵⁰. También Serrano Suñer comprendió el alcance de esa medida: “Manteniéndolo secreto –hasta que la oportunidad de publicarlo llegara–, España se adhirió en Hendaya al Pacto Tripartito que era la alianza militar”.⁵¹

El curso posterior de la guerra, con las graves derrotas italianas en Grecia y el norte de África, convenció a Franco que se encontraba ante una contienda prolongada y agotadora. En consecuencia, fue demorando *sine die* la beligerancia española, a pesar de las demandas alemanas para que fijase el inicio del ataque conjunto a Gibraltar. Contribuyó a ello la lectura de un informe fechado el 11 de noviembre de 1940 elaborado por el jefe de la sección de operaciones del Estado Mayor de la Armada, el capitán de fragata Carrero Blanco, que comenzó así su labor de asesoramiento del Caudillo en temas políticos y militares. El texto fue distribuido entre los mandos militares del régimen y refrendaba la necesidad de preservar la cautela por razones poderosas:

Al entrar España en la lucha frente a Inglaterra es evidente que perderíamos las comunicaciones atlánticas. El petróleo, la gasolina, el trigo y cuantos recursos indispensables para la vida de la nación, no ya en guerra sino en paz. Los que ahora, con más o menos dificultades, se consigue que lleguen, quedarían cortados. Estos recursos no podrán ser recibidos por el Mediterráneo, mientras los ingleses estén en Alejandría y prácticamente no nos quedaría otra comunicación para abastecer a la nación de víveres, material de guerra y petróleo que la terrestre a través de Francia con Alemania, comunicación ésta a todas luces insuficiente, aun suponiendo que Alemania disponga de lo que nosotros necesitamos en cantidad suficiente para proporcionárnoslo.⁵²

A finales de 1940 las demandas de Berlín fueron especialmente intensas para lograr la colaboración española en la “operación Félix” (que Hitler había previsto para el 10 de enero de 1941). El almirante Canaris se entrevistó con Franco el 7 de diciembre para obtener su aprobación definitiva. Sin embargo, el Caudillo resistió la presión porque España “no estaba preparada para esto. Las dificultades no eran tanto militares como económicas; faltaban los alimentos y otras necesidades materiales”. Según Franco, la debilidad militar era tan grande que “España perdería las islas Canarias y sus posesiones ultramarinas tan pronto como entrara en la guerra “. Por tanto, concluyó, “España solo podría entrar en la guerra cuando Inglaterra estuviera a punto de desplomarse”⁵³.

Esa voluntad dilatoria fue reforzada por el intenso deterioro de la situación económica (que agudizó la dependencia de los suministros exteriores controlados por la Royal Navy). La crítica situación exacerbó a su vez el latente conflicto entre militares y falangistas por el control de la política interna y exterior del régimen. Aprovechando la coyuntura, los británicos y los norteamericanos dispusieron el envío del trigo y carburante imprescindibles para aliviar la penuria con el objetivo de apuntalar las tendencias neutralistas dentro del régimen. Churchill había escrito Roosevelt el 23 de noviembre urgiendo esa política sobre la base de que España “no está lejos del

⁴⁹ El texto del protocolo en DGFP, vol. XI, n° 287. La noticia de la firma definitiva de Serrano en n° 294. *Ciano's Diplomatic Papers*, p. 405-406. Sobre las circunstancias de la adhesión de Franco véase R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, pp. 300-305 y 311-324.

⁵⁰ *Ciano's Diplomatic Papers*, p. 404.

⁵¹ R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, p. 284.

⁵² “Consideraciones sobre un plan de operaciones marítimas en caso de intervención de España en la guerra”, 11 de noviembre de 1940, punto 4, p. 2. Documento custodiado en el Archivo General de la Universidad de Navarra, Fondo Luis Carrero Blanco, serie “Militares”. En adelante: AGUN, Carrero Blanco y serie.

⁵³ El informe de Canaris en DGFP, vol. XI, n° 476. El máximo de presión se ejerció el 21 de enero de 1941. DGFP, vol. XI, n° 682 y 692.

estado de inanición” y “una oferta suya de entrega de alimentos mes a mes en tanto que permanezcan fuera de la guerra podría ser decisiva”⁵⁴.

Para forzar la resistencia española, Hitler solicitó la mediación del Duce. Ese fue el origen de la entrevista entre Mussolini y Franco en Bordighera (frontera italo-francesa) el 12 de febrero de 1941. En la misma, el Caudillo reconoció las “condiciones de verdadera hambre y de absoluta carencia de preparación militar” que vetaban la beligerancia española, además de solicitar una revisión a favor de España del artículo 5º del Protocolo de Hendaya. Consciente de la incapacidad española por sus propias fuentes, Mussolini se abstuvo de presionar y remitió a Hitler un informe que puso fin a toda esperanza alemana: “España, hoy, no está en condiciones de iniciar ninguna acción de guerra. Está hambrienta, desarmada, con fuertes corrientes hostiles a nosotros”⁵⁵.

En lo sucesivo, el régimen franquista mantuvo su alineamiento con el Eje sin traspasar, por mera incapacidad, el umbral de la guerra. Por consiguiente, continuaron las campañas anti-británicas en la prensa; se mantuvo el apoyo encubierto a los servicios secretos germanos e italianos; siguieron concediéndose facilidades logísticas para ambas flotas y fuerzas aéreas; y se promovió la exportación de productos útiles para el esfuerzo de guerra del Eje, como el wolframio, el mineral de hierro y las piritas.

Beligerancia moral por impotencia

Dentro de ese marco general, el momento cumbre de identificación española con el Eje tuvo lugar después del 22 de junio de 1941, tras la invasión alemana de la Unión Soviética y el desplazamiento de la guerra mundial hacia el Este. Pocas semanas antes, Franco había afrontado la primera crisis grave provocada por el enfrentamiento entre Serrano Suñer y los ministros militares en su gobierno. Haciendo valer su condición de árbitro inapelable, el Caudillo había superado el desafío con varios nombramientos que revelaban el poder del Ejército y los límites de la influencia falangista: el general Galarza fue nombrado ministro de Gobernación, en tanto que el capitán de fragata Carrero Blanco fue designado subsecretario de la Presidencia (ocupada por Franco). Carrero Blanco, como representante virtual de los intereses militares, acabaría convirtiéndose en el más influyente consejero del Caudillo en detrimento de Serrano Suñer⁵⁶.

Franco y Serrano Suñer, superadas formalmente sus diferencias, felicitaron al gobierno nazi por su iniciativa y ofrecieron como “gesto de solidaridad” el envío de voluntarios españoles para luchar con el ejército alemán contra el comunismo. Serrano Suñer definió el 2 de julio la posición adoptada por España como “la más resolutiva beligerancia moral al lado de nuestros amigos”, retomando el léxico utilizado por la prensa falangista para definir la posición española: “una actitud de beligerancia moral” que la situaba “junto al Eje combatiente”⁵⁷. Inmediatamente, bajo la consigna de que “¡Rusia es culpable de nuestra guerra civil!”, comenzó la recluta de voluntarios. El 13 de julio de 1941 partió hacia el frente ruso el primer contingente de la llamada División Azul (así llamada por el color del uniforme falangista), formada por 18.104 hombres y dirigida por mandos militares profesionales encabezados por el general Muñoz Grandes. Hasta su retirada, un total de

⁵⁴ *Roosevelt and Churchill. Their Secret Wartime Correspondence*, Londres: Barrie & Jenkins, 1975, p. 121. Informe de A. Yencken, 5 de enero de 1942, FO 371/31234 C514. Para las relaciones de España con Estados Unidos véase Joan Maria Thomàs, *Roosevelt y Franco*, Madrid: Edhasa, 2007.

⁵⁵ Reproducido en J. Tusell y G. García, *Franco y Mussolini*, p. 124. Las palabras previas de Franco en el acta italiana de la reunión. DDI, vol. VI, nº 568 y 577 (p. 583 para la cita). *Ciano's Diplomatic Papers*, pp. 421-430.

⁵⁶ Javier Tusell, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid: Temas de Hoy, 1993.

⁵⁷ La felicitación y el ofrecimiento en DGFP, vol. XII, nº 671, y vol. XIII, nº 12. La declaración de Serrano Suñer fue hecha al diario alemán *Deutsche Allgemeine Zeitung* y reproducida por la prensa española. La declaración falangista en el diario *Arriba* (Madrid), 24 de julio de 1941. Véase el informe “Spanish Neutrality as Reflected in the Press”, 22 November 1944. FO 371/49574 Z1063. Cfr. David W. Pike, *Franco y el Eje*, pp. 142-143.

45.000 españoles combatirían con los ejércitos alemanes en Rusia (y algo más del 10 por ciento perdieron la vida: 4.954 divisionarios)⁵⁸.

La intencionalidad política del envío de la División Azul era clara. Como contribución de sangre española al esfuerzo bélico del Eje, habría de avalar las reclamaciones territoriales en el futuro. En palabras de Serrano Suñer: “Su sacrificio nos daba un título de legitimidad para participar en la soñada victoria y nos excusaba de los generales y terribles sacrificios de la guerra”⁵⁹. Tampoco cabe descartar que se tratara del primer paso tentativo (por si acaso, no hubo declaración formal de guerra contra la USSR) hacia una mayor intervención en la guerra en el momento oportuno. Según los despachos de los embajadores alemán e italiano en Madrid, ésa era la estrategia de Serrano Suñer, quien creía que sólo la participación en la guerra permitiría superar las divisiones internas y dar el triunfo a Falange frente a sus enemigos: “La unidad española sólo podría ser restablecida por una decidida entrada en la guerra; sólo de esta manera podría salvarse el régimen y satisfacerse las aspiraciones nacionales españolas”⁶⁰. Por otro lado, como ha señalado Moreno Juliá, gracias a la División Azul, “el régimen pudo conjugar su particular no-beligerancia con una mejora en las tensas relaciones con Alemania derivadas de su falta de compromiso”, toda vez que, “con la División Azul, España se enganchó al carro de la guerra de una parte de la Europa continental”⁶¹.

La beligerancia moral reflejada por el envío de la División Azul fue completada por un resonante discurso de Franco ante el Consejo Nacional de Falange el 17 de julio de 1941. Llevado por su emoción, el Caudillo abandonó su proverbial cautela y se mostró entonces más favorable al Eje y más despreciativo hacia los aliados que nunca:

La suerte ya está echada. (...) Se ha planteado mal la guerra y los aliados la han perdido. (...) La campaña contra la Rusia de los Sóviets con la que hoy aparece solidarizado el mundo plutocrático, no puede ya desfigurar el resultado. (...) En estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla de Europa que el Cristianismo desde tanto tiempo anhelaba y en que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad, renovemos nuestra fe en los destinos de nuestra Patria que han de velar estrechamente unidos nuestros Ejércitos y la Falange⁶².

Sin embargo, como en anteriores ocasiones, el alineamiento público con el Eje no significó una ruptura definitiva con el bando aliado. La respuesta anglo-norteamericana al discurso de Franco había consistido en el reforzamiento del bloqueo naval y la interrupción de suministros alimenticios y petrolíferos. El 24 de julio, Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores británico, reconoció en la Cámara de los Comunes que la declaración del Caudillo indicaba que “no deseaba más ayuda económica para su país” y que, por tanto, la política británica “dependerá de las acciones y actitudes del gobierno español”. Cinco días más tarde, el ministro de Guerra Económica se comprometió a ejercer “la mayor vigilancia para que no llegue nada al general Franco que pueda incrementar su capacidad de acción contra nosotros”. Mientras tanto, por encargo directo de Churchill y en previsión de una decisión bélica de Franco, los estrategas británicos pusieron a punto una fuerza expedicionaria de unos 10.000 hombres para ocupar las Canarias en un plazo de tiempo mínimo. Esas medidas de alerta sólo serían revocadas una vez pasado el peligro, ya en febrero de 1942.⁶³

⁵⁸ La más completa revisión del asunto en Xavier Moreno Juliá, *La División Azul. Sangre española en Rusia*, Barcelona: Crítica, 2005 (cifras en p. 312). Klaus-Jörg Ruhl, *Franco, Falange y Tercer Reich*, Madrid: Akal, 1986.

⁵⁹ R. Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona: Nauta, 1973, p. 209.

⁶⁰ Despacho del embajador alemán a Berlín, 2 de septiembre de 1941. DGFP, vol. XIII, nº 273. Cfr. J. Tusell y G. García, *Franco y Mussolini*, pp. 131-131.

⁶¹ X. Moreno Juliá, *La División Azul*, pp. 377-378.

⁶² El discurso fue reproducido por la prensa española el 18 de julio y tuvo un gran eco internacional. Cfr. *Extremadura. Diario católico*, 18 de julio de 1941.

⁶³ E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill*, pp. 237-246. J. J. Díaz Benítez, *Canarias indefensa*, caps. 4 y 6. D. Smyth, *Diplomacy and Strategy of Survival*, pp. 230-238.

Consciente de su vital dependencia de los suministros anglo-norteamericanos, la diplomacia franquista se apresuró a desplegar todos sus esfuerzos para aplacar recelos en Londres y Washington. No en vano, la virtual interrupción de suministros petrolíferos prácticamente paralizó el sistema de transportes y puso al borde del estrangulamiento toda la economía española. A finales de 1941 España sólo tenía unas reservas de 39.071 toneladas de petróleo, cuando su consumo trimestral había sido de 114.252 toneladas y sus importaciones en los tres últimos meses sólo habían sumado 82.936 (cifra mínima comparada con las 285.208 importadas en el último trimestre de 1940). Se trataba de una clara demostración de la política que Eden había caracterizado en privado de un modo expresivo: “abrir el grifo pero regularlo y estar atento a cerrarlo”.⁶⁴

Para hacer frente a las protestas británicas contra la División Azul, Franco elaboró una “teoría de las dos guerras” que serviría como excusa de la política de “beligerancia moral”. A tenor de ella, España, como continuación de su Cruzada durante la guerra civil, era beligerante en la lucha contra el comunismo en el Este. Pero seguía siendo no beligerante en la lucha entre el Eje y Gran Bretaña en Europa occidental. Desde entonces y hasta casi el final de la guerra mundial, a pesar de las reservas anglo-norteamericanas, la diplomacia franquista se atendría al principio de que “la lucha contra los bolcheviques era algo muy distinto de la batalla librada en el oeste entre naciones civilizadas”⁶⁵. El carácter puramente instrumental de esa teoría queda patente en un informe de Carrero Blanco para Franco fechado el 12 de diciembre de 1941 (apenas cinco días después del ataque japonés contra la base naval norteamericana de Pearl Harbour):

El frente anglosajón soviético que ha llegado a constituirse por una acción personal de Roosevelt, al servicio de las Logias y de los Judíos, es realmente el frente del Poder Judaico, donde alzan sus banderas todo el complejo de democracias, masonería, liberalismo, plutocracia y comunismo, que han sido las armas clásicas de que el Judaísmo se ha valido para provocar una situación de catástrofe que pudiera cristalizar en el derrumbamiento de la Civilización Cristiana. (...). En orden a la guerra, España se mantiene aún al margen de ella, por una serie de circunstancias especiales que tienen su raíz en nuestra situación geográfica de condición netamente marítima y porque, además, recién salidos de nuestra Cruzada, nuestras posibilidades industriales son mínimas y nuestros armamentos limitadísimos. De entrar en la guerra solamente podríamos al lado de Alemania, porque el Eje lucha hoy contra todo lo que es en el fondo anti-España⁶⁶.

Repliegue hacia la neutralidad

La entrada de Estados Unidos en la guerra en diciembre de 1941, junto con las graves derrotas italianas en Libia y las dificultades de la ofensiva alemana en Rusia de aquel invierno crucial, fueron socavando de manera ya irreversible la previa certeza de Franco en la victoria final del Eje. Desde entonces, el Caudillo, al igual que sus asesores militares y políticos, comprendieron que la guerra iba a ser muy larga y que la posición estratégica española se había hecho más vulnerable en virtud de la masiva presencia militar norteamericana en el Atlántico, de la continua presencia británica en Suez y de la obligada retención de fuerzas alemanas en el inmenso frente oriental.⁶⁷

En esa coyuntura, para asegurarse contra posibles actos hostiles aliados, Franco recurrió a una baza que siempre había conservado: sus estrechas relaciones con el régimen dictatorial de

⁶⁴ Carta de Eden a Churchill, 14 February 1941. FO 371/26910 C1437. Memorandum by Arthur Yencken, 5 de enero de 1942. FO 371/31234 C514. Carta de Churchill a Roosevelt, 16 December 1941. *Churchill and Roosevelt. The Complete Correspondence*, Princeton: Princeton University Press, 1984, vol. 1, p. 298.

⁶⁵ Sir Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission*, p. 139. Varios ejemplos de esa teoría de las dos guerras en el informe “Spanish Neutrality as Reflected in the Press”, 6 December 1944. FO 371/49574 Z1063. Cfr. Luis Suárez, *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial*, pp. 324-325 y 331.

⁶⁶ “Consideraciones sobre la situación internacional actual en orden a la actitud de España”, 12 de diciembre de 1941. AGUN, Carrero Blanco, serie “Política Internacional”.

⁶⁷ Joan Maria Thomàs, *La batalla del wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbour a la Guerra Fría*, Madrid: Cátedra, 2010.

Salazar en Portugal, el viejo aliado británico en la Península que había mantenido una “neutralidad” más o menos “colaborativa” hacia los aliados (antes de sumarse a su bando de manera forzada a mediados de 1943).⁶⁸ Entre ambas dictaduras existía un Tratado de Amistad firmado el 17 de marzo de 1939 y ratificado por un Protocolo adicional de consulta mutua de 29 de julio de 1940⁶⁹. Por iniciativa española, el 12 de febrero de 1942 tuvo lugar una entrevista personal entre Franco y Salazar en Sevilla. En la misma se ratificaron los acuerdos previos con el fin de salvaguardar la paz e inviolabilidad del territorio peninsular⁷⁰. Se iba configurando progresivamente el *Bloque Ibérico* (denominado así desde diciembre de 1942, tras la visita del ministro español de Asuntos Exteriores a Lisboa), concebido por Franco como una oferta tácita de neutralidad hacia los aliados y como recíproca garantía de respeto anglo-norteamericano hacia el régimen español.

En ese contexto de cambios internacionales radicales, la larvada tensión interior entre militares y falangistas llegó a extremos críticos el 16 de agosto de 1942. Aquel día, un grupo de falangistas atentaron sin éxito contra el general Varela, ministro del Ejército, a su salida de una misa celebrada en Bilbao en honor a los combatientes carlistas caídos durante la guerra civil. La enérgica reacción de Varela, secundado por los mandos militares, consiguió que tras un consejo de guerra inmediato fuera ejecutado uno de los responsables. El grave deterioro de la situación forzó una intervención arbitral de Franco. En una operación de equilibrio calculado, el 3 de septiembre Franco dio satisfacción a las exigencias militares cesando a Serrano Suñer y nombrando al veterano general Gómez-Jordana como ministro de Asuntos Exteriores (cargo que había ocupado durante la guerra civil). Pero también nombró a un nuevo ministro del Ejército, el fiel general Asensio, en sustitución de Varela, muy significado por su apoyo a una restauración monárquica inmediata. No en vano, Franco empezaba a poner en marcha su peculiar juego político para permanecer indefinidamente en la Jefatura del Estado: apoyarse en los sectores más dóciles y antimonárquicos de Falange como contrapeso a las demandas militares en favor del traspaso de poderes al pretendiente, Don Juan de Borbón⁷¹.

Solucionada la crisis política, Franco tuvo que afrontar un hecho decisivo. El 8 de noviembre de 1942 los aliados llevaron a cabo por sorpresa la *operación Antorcha*: el desembarco anglo-norteamericano y británico en la zona francesa de Marruecos y en Argelia, que supuso la apertura de un segundo frente en el Mediterráneo contra el Eje y abría las puertas a la invasión de Italia⁷². El embajador norteamericano Carlton J. H. Hayes comunicó la noticia a un sorprendido Gómez-Jordana a las dos de la madrugada del mismo día 8. La presencia de tropas aliadas al otro lado del Estrecho y a lo largo de la frontera del Marruecos español sirvió para cortar definitivamente las veleidades intervencionistas de Franco, no sin dudas agónicas (el consejo de ministros permaneció reunido durante casi tres días en la residencia oficial del Caudillo casi sin

⁶⁸ Fernando Rosas, “Portuguese Neutrality in the Second World War”, en Neville Wylie (ed.), *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge: C.U.P., 2002, cap. 11.

⁶⁹ El texto del Tratado en Ministério dos Negócios Estrangeiros, *Dez Anos de Política Externa (1936-1947). A Nação Portuguesa e a Segunda Guerra Mundial*, Lisboa: Imprensa Nacional, 1967, vol. V, documento número 1978. El Protocolo adicional en *Dez Anos de Política Externa*, vol. VII (1971), n° 1066. Una visión general de las relaciones hispano-lusas en António José Telo e Hipólito de la Torre, *Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos*, Mérida: Junta de Extremadura, 2003.

⁷⁰ *Dez Anos de Política Externa*, vol. X (1974), n° 3131. Cfr. Manuel Loff, *Salazarismo e Franquismo na época de Hitler (1936-1942)*, Oporto: Campo das Letras, 1996. María Soledad Gómez de las Heras y Esther Sacristán, “España y Portugal durante la Segunda Guerra Mundial”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, n° 2, 1989, pp. 209-225. Juan Carlos Jiménez Redondo, “La política del Bloque Ibérico. Las relaciones hispano-portuguesas (1936-1949)”, *Mèlanges de la Casa de Velázquez*, tomo 29, n° 3, 1993, pp. 175-201. António José Telo, “La estrategia de Portugal y sus relaciones con España”, en S. G. Payne y D. Contreras (dirs.), *España y la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: UCM, 1996, pp.131-144.

⁷¹ P. Preston, “Franco y sus generales”, en su obra *La política de la venganza. Fascismo y militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona: Península, 1997, cap. 5. Joan Maria Thomàs, *La Falange de Franco*, Barcelona: Plaza y Janés, 2001.

⁷² Denis Smyth, “Screening ‘Torch’: Allied Counter-Intelligence and the Spanish Threat to the Secrecy of the Allied Invasion of French North Africa in November, 1942”, *Intelligence and National Security*, vol. 4, n° 2, 1989, pp. 335-356. Un completo estudio del período anterior y posterior a Torch en E. Sáenz-Francés, *Entre la Antorcha y la Esvástica*, cap. 3.

interrupción). Se impuso finalmente la lógica estratégica, reafirmada por un informe confidencial de Carrero Blanco del día 11 que remarcaba que, “en orden a un caso de intervención normal (en la guerra), la situación actual excluye de momento toda posibilidad” porque los aliados dominaban el mar y “sin contar con el mar no podemos abastecernos y sin abastecernos no podemos hacer la guerra”.⁷³ Aparte de la incapacidad española para reaccionar militarmente, Franco también apreció una posibilidad de supervivencia en la voluntad conciliadora manifestada por Londres y Washington. No en vano, al informar de la operación, Hayes también había entregado una carta personal para Franco de Roosevelt en la que aseguraba que “España nada tiene que temer de la Naciones Unidas”⁷⁴.

A partir de las victorias aliadas en África del norte, la diplomacia española fue recuperando un tinte más neutralista. De modo progresivo, la identificación pública con el Eje y el abuso de las democracias fueron cediendo paso a las denuncias genéricas anticomunistas y a la vinculación de España con el Vaticano. Como había recordado Gómez-Jordana a finales de noviembre de 1942: “No es propiamente con el Eje con el que estamos sino contra el Comunismo”.⁷⁵

Mientras tanto, Franco inauguraba sus llamamientos a la paz entre el Eje y los países anglosajones para evitar la propagación de la influencia soviética en Europa, convencido de que esa oferta de mediación era “el más destacado servicio a la causa de Europa” que podía prestar su régimen ya que “la derrota de Alemania sería el Comunismo integral en Europa” (en palabras de Carrero Blanco). Así lo expuso en el 9 de mayo de 1943 en un discurso en Almería:

Ninguno de los beligerantes tiene fuerza para destruir a su contrario. (...) Por ello, para los que serenamente miramos la contienda, juzgamos insensato el retrasar la paz. Y digo esto, porque detrás de esta fachada, hay algo peor: hay el comunismo empujando, la siembra de odios llevada a cabo durante veinte años, la barbarie rusa esperando su presa⁷⁶.

La triunfal invasión aliada de Sicilia y la caída de Mussolini en julio de 1943 precipitaron el retorno a la neutralidad. Conscientes de su situación de creciente fuerza, los aliados (en particular los norteamericanos más que los británicos) comenzaron a presionar en Madrid para que cesara todo tipo de ayuda soterrada hacia Alemania. A finales de septiembre, Franco anunció la disolución y pronta retirada de la División Azul. El 1 de octubre decretó nuevamente la “estricta neutralidad” de España en la guerra. Siete días más tarde hubo de aceptar sin protesta la decisión portuguesa de autorizar a los aliados el uso de bases militares en las Azores.

La presión anglo-norteamericana se intensificó a principios de 1944. El 28 de enero, los Estados Unidos impusieron un embargo de petróleo hasta que el régimen franquista no cumpliera las peticiones aliadas. Poco después, aplicaron igual medida a las exportaciones de algodón, provocando la parálisis de la industria textil catalana. Enfrentado a la perspectiva de un colapso económico total, Franco cedió porque “España no estaba en condiciones de ser intransigente”. Por acuerdo firmado el 2 de mayo de 1944, el gobierno español se comprometió a expulsar de su territorio a los agentes alemanes denunciados por actividades de espionaje o sabotaje; a impedir

⁷³ “Notas sobre la situación internacional”, 11 de noviembre de 1942. AGUN, Carrero Blanco, serie “Política internacional”.

⁷⁴ Carlton J. H. Hayes, *Wartime Mission in Spain, 1942-1945*, Nueva York: Macmillan, 1945. Willard L. Beaulac, *Franco. Silent Ally in World War II*, pp. 19-20. Herbert Feiss, *The Spanish Story: Franco and the Nations at War*, Nueva York: Knopf, 1948. Feiss fue el funcionario del Departamento de Estado encargado de asuntos españoles.

⁷⁵ Carta al embajador español en Londres, el duque de Alba, 17 de noviembre de 1942. AMAE R1371/3B.

⁷⁶ Reproducido en *Extremadura. Diario Católico*, 10 de mayo de 1943. La cita previa en “Notas sobre la situación actual en orden a la política internacional”, 18 de diciembre de 1942. AGUN, Carrero Blanco, serie “Política internacional”.

todo apoyo logístico en puertos y aeródromos a las fuerzas germanas; y a reducir drásticamente todas las exportaciones de wolframio hacia Alemania⁷⁷.

En definitiva, en las postrimerías de la guerra, Franco se plegaba a las exigencias anglo-norteamericanas decidido a sobrevivir al hundimiento del Eje. Y para ello apelaba al anticomunismo y al catolicismo e iniciaba la operación propagandística destinada a mostrarlo como el “centinela de Occidente” y “el hombre que con hábil prudencia resistió a Hitler y preservó la neutralidad española”. Correlativamente, se iniciaba la satanización de Serrano Suñer, achacándole la exclusiva responsabilidad de la identificación de España con el Eje durante su etapa ministerial. Y su disposición encontraba tácito eco receptivo en Londres (más que en Washington), donde Churchill reconocía internamente: “No me preocupa Franco, pero no quiero tener una Península Ibérica hostil a los británicos después de la guerra”.⁷⁸

De la mano de José Félix de Lequerica (titular de Asuntos Exteriores tras la muerte de Gómez-Jordana en agosto de 1944), la política exterior franquista concentró sus esfuerzos en congraciarse con Estados Unidos y alertar sobre el peligro soviético en la postguerra europea. Con ese objetivo, el 7 de noviembre de 1944, en unas declaraciones a la agencia *United Press*, Franco definía su régimen por vez primera como una “democracia orgánica” y católica, añadiendo que “la política internacional de los Estados Unidos en absoluto se contradecía con la ideología de España” y que España nunca se había identificado con el Eje porque “no podía aliarse ideológicamente con naciones que no estuvieran guiadas por los principios del catolicismo”⁷⁹. El 11 de abril de 1945 el Caudillo ordenó la ruptura de relaciones diplomáticas con Japón, antiguo socio en el Pacto Anti-Comintern, pretextando una serie de incidentes ocurridos en Filipinas con anterioridad.⁸⁰

A pesar de todas las operaciones de cosmética neutralista, la derrota de Alemania en mayo de 1945 significó el inicio de un purgatorio para el régimen franquista. El 19 de junio, la conferencia fundacional de la ONU reunida en San Francisco (a la que España no había sido invitada) aprobó sin oposición una propuesta mexicana que vetaba expresamente el ingreso de la España franquista. Finalmente, el 2 de agosto, al terminar la conferencia aliada de Potsdam, Stalin, Truman y Attlee emitieron una declaración conjunta sobre la “cuestión española” que ratificaba la condena al ostracismo internacional de la España de Franco “en razón de sus orígenes, su naturaleza, su historial y su asociación estrecha con los estados agresores”⁸¹.

El Caudillo se aprestó a enfrentarse a la presión exterior con una “política de espera”. Tenía la convicción de que pronto habría de desencadenarse en Europa el antagonismo entre la Unión Soviética y Estados Unidos, y que éstos habrían de recurrir a los servicios de España por su inapreciable valor estratégico y firmeza anticomunista. Mientras tanto, estaba convencido de que los victoriosos aliados no tomarían contra su régimen ninguna medida seria, militar o económica, ante el temor de que pudiera facilitar la expansión del comunismo o la reanudación de la guerra civil. Por tanto, la política de espera exigía cerrar filas de grado o por fuerza en torno al régimen y recordar obsesivamente el peligro comunista y la posibilidad del regreso vengativo de los republicanos vencidos.

Ese cálculo político resultó acertado. La creciente atmósfera de Guerra Fría imperante desde agosto de 1945 se convertiría en la tabla de salvación del régimen franquista. No en vano, las

⁷⁷ Una actualizada revisión de esa fase en J. M. Thomàs, *La batalla del Wolframio*, cap. 3. Memorándum de Sir Samuel Hoare, 1 de mayo de 1944. FO 371/49612 Z7075. Texto de los acuerdos en Archivo de la Presidencia del Gobierno (Madrid), serie “Jefatura del Estado”, legajo 38.

⁷⁸ Telegrama de Churchill al presidente Roosevelt, 4 de julio de 1944. Citado en E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill*, p. 364.

⁷⁹ Las declaraciones fueron reproducidas en toda la prensa española. *Pensamiento político de Franco*, Madrid: Servicio Informativo Español, 1964, pp. 415-416.

⁸⁰ Florentino Rodao, *Franco y el imperio japonés*, Barcelona: Plaza y Janés, 2002, p. 497.

⁸¹ Enrique Moradiellos, “La conferencia de Potsdam de 1945 y el problema español”, in Javier Tusell (ed.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid: UNED, 1997, pp. 307-325. Florentino Portero, *Franco aislado. La cuestión española, 1945-1950*, Madrid: Aguilar, 1989. Qasim Ahmad, *Britain, Franco Spain and the Cold War, 1945-1950*, Kuala Lumpur: A. S. Noordeen, 1995.

ESPAÑA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, 1939-1945: ENTRE RESIGNACIONES
NEUTRALISTAS Y TENTACIONES BELIGERANTES

autoridades británicas y norteamericanas, entre la alternativa de soportar a un Franco inofensivo o provocar en España una desestabilización política de incierto desenlace, resolvieron aguantar su presencia como mal menor y preferible a una nueva guerra civil o a un régimen comunista en la Península Ibérica. Y ello a pesar del profundo desagrado personal y político que provocaba en esos medios oficiales y en sus respectivas opiniones públicas. El “estigma del Eje” como “pecado original” condenaba a la España de Franco a la marginalidad política y diplomática. Pero de ningún modo justificaba la adopción de sanciones económicas o militares con vistas a su eliminación. A la postre, ni siquiera evitaría su reintegración formal en la órbita occidental, aunque fuera como socio menor y despreciado por su estructura política y pasado reciente.